

LAS LEYES Y LA JUSTICIA DE LOS NAHUAS DE NICARAGUA

ANTONIO ESGUEVA

Licenciado en Filosofía y Letras y en Historia,

Director del Departamento de Historia de la Universidad Centroamericana (UCA)

Introducción

Aun cuando en Nicaragua no se conserva una recopilación de las leyes indígenas, como se conserva en otros pueblos de lengua nahua, entre ellos los mexicanos, (1) no prueba ésto que no hubiera una determinada legislación orientada a regular el comportamiento humano de estos pueblos. Por los cronistas, que nos hablan de Nicaragua, sabemos ciertas costumbres y conocemos algunas penas coercitivas, que se imponían por la infracción de determinados preceptos. Que hubiera leyes establecidas y libros que contenían estas leyes, no nos cabe la menor duda, si aceptamos las afirmaciones escritas por Francisco López de Gomara:

"Estos (de Nicaragua) que hablaban mejicano tienen por letras las mismas figuras que los de Culúa, y libros de papel y pergamino, de un palmo de ancho y doce de largos, y doblados como fuelles, donde se señalan por ambas partes de azul, púrpura y otros colores las cosas memorables que acontecen; y allí están pintadas sus leyes y ritos, que se asemejan mucho a lo de los mejicanos..." (2)

Pero desgraciadamente, a nosotros, debido al saqueo y destrucción que realizaron los



españoles en Nicaragua no nos ha llegado esa legislación escrita. Lo poco que conocemos de una forma muy genérica y vaga, sin especificar apenas nada, lo conocemos sobre todo por lo que el cronista Oviedo nos relata de la conversación sostenida por el Padre Bobadilla y los indios caciques en la plaza de Teoca. (3) Encontramos, además, en López de Gomara los ministros que administraban la justicia, quienes, como señal de poder, llevaban las varas de la justicia: *"Guardan justicia en muchas cosas y llevan a los ministros de ella moscadores y varas"*. (4)

Teniendo, pues, presente siempre la ambigüedad que este tema presenta, vamos a procurar interpretarlo en lo posible, a la vez que dejamos la puerta abierta a un sinnúmero de interrogantes, que no nos es posible contestar, pero que ahí quedan esperando otros estudios más profundos.



I. Sexualidad

Nos llama poderosamente la atención el hecho que lo poco que conservamos referente a los castigos que se imponían haga relación tan insistentemente a la sexualidad. Sin embargo, hay que tener presente que lo que nos ha llegado es debido a la entrevista de un fraile, que como religioso y del siglo XVI estaba obsesionado por esa moral sexual. Vamos a ver algunos aspectos de la sexualidad.

1. El Matrimonio

Existe legalmente una monogamia puesto que el indio sólo puede tener "no más de una (muger) legítima casada" (5) y aunque algunos tienen otras "con quien se echan" (6), éstas no son sus "mugeres", ya que con la que se casaban se obligaban de por vida, al no poderla "dexar por ninguna manera" (7) ni poderse casar con otra durante la vida de la primera.

Sin embargo, ayer como hoy, una cosa es lo estipulado y legislado, y otra el cumplimiento de esa ley. Y si la infracción de la ley supone un delito, también los delitos se castigaban. ¿Cómo se castigaban? ¿Se imponía una misma pena para los diversos delitos? Veamos lo que nos dice Oviedo referente a:

a) La Bigamia

Se desprende que no era una costumbre muy generalizada y por otra parte no merecía la pena arriesgar una vida de destierro cuando podía vivir, sin castigo, "echándose" con la mujer que quería, aunque no fuese su legítima mujer. Pero en el supuesto que se casara de nuevo, viviendo su primera esposa, la pena impuesta era: *"é si uno es casado é viviendo su muger, se casa con otra, tómanle la hacienda é destiérnanle de toda la tierra, é si torna, riñen con él sus parientes del é tórnase á yr"*. (8)

La pena es, pues, el destierro y la expropiación de sus bienes, que quedarán a favor de su legítima esposa: *"é essa hacienda que se toma, danla toda á la primera muger que assi queda sin marido"*. (9)

La misma pena se imponía a la mujer cuando sabía que el hombre con el que se casaba era también casado: *"é la misma pena se da á la que se casa con hombre que sabía que era casado, que assi le toman á ella la hacienda é la destierran"*. (10)

Tenemos, pues, que tanto el bígamo como la mujer que con él se casaba, si sabía que era casado, eran desterrados y expropiados pasando la hacienda de ambos a propiedad de la legítima mujer del bígamo.

Quedan en el aire una serie de preguntas que no se pueden contestar solamente con los datos que nos facilitan los cronistas y que tal vez con estudios más comparativos con otras culturas y legislaciones nahuas se pudieran dar respuesta. ¿Qué sucedía con la hacienda de la mujer que se casaba con un hombre casado si ella era casada o viuda con hijos? ¿Pagarían los hijos la culpa de la madre?. Es clara la ley en el caso de una soltera o viuda sin hijos, cuyo fin era la expropiación y el destierro. El problema surge cuando tienen hijos puesto que todo el contexto da a entender que la ley protegía a los hijos hasta el punto de impedir legalmente el matrimonio de la mujer casada cuando ésta tenía hijos

del marido, que se hacía bígamo:

"e puedese ella tornar a casar, pues su marido tomó otra muger seyendo ella viva, y el marido primero es ydo desterrado de la tierra; pero si del primero marido que assi fue desterrado quedaron hijos a essa muger primera, no se puede ella casar". (11)

La ley daba libertad para contraer nuevas nupcias ya que la mujer quedaba libre del marido, pero si había hijos, en el fondo, quedaba atada a sus hijos siendo su primera obligación protegerlos y atenderlos. Esto era suficiente como para que hubiera realmente un impedimento legal.

En el supuesto que la mujer casada fuera la bígama y se casara con un hombre soltero, sabiendo éste que era casada es probable que la pena fuera la misma: el destierro de ambos y la expropiación de los bienes de los dos, quedándose el legítimo marido con toda la hacienda. Esto se deduce lógicamente, al no encontrar afirmaciones que den pie a pensar de otra manera. Pero ¿y si el nuevo hombre era viudo y tenía hijos? ¿Pasaría la herencia al primer marido de la mujer o serían los hijos del viudo los que se apropiaran de los bienes? Ante estos interrogantes tal vez haya que aceptar que el bienestar de los hijos era lo primero.

b) El Adulterio

También era punible todo acto adúltero siempre que se conociera el delito, y la pena recaía tanto sobre la mujer como sobre el hombre.

Si el adulterio lo cometía la mujer, ¿qué pena le imponían? Nos relata Oviedo: *"e la muger ques adúltera, sabido el marido el adulterio, la castiga é la envía en casa de su padre con lo que ella tiene: é se puede el casar otra vez, porque su muger fue mala; y ella no se puede casar". (12)*

Tenemos, pues, que no se le tocaban sus pertenencias, pero se la regresaba a la casa de su padre -o de la familia, es de su-

poner, si faltaban los padres-, pero ella ya no podía casarse, mientras que el marido sí podía hacerlo. Ahora bien, el marido al casarse se desligaba totalmente de la adúltera, aunque no ella, que de alguna manera quedaba atada a su marido al ser el adulterio motivo de impedimento para nuevas nupcias. Sin embargo, no se sabe cuánto tiempo duraría ese impedimento. Es seguro que durante toda la vida de su marido, aun cuando éste ya estuviera legítimamente casado con otra mujer, pero desconocemos si se podía casar una vez que su marido hubiera fallecido. De esto nada nos cuenta Oviedo. Habría que cuestionarse, incluso, qué sucedía cuando la mujer adúltera tenía hijos, porque si en el caso de la bigamia del marido no podía casarse la mujer, cuando le vivían los hijos (13) al estar obligada a ellos, es de suponer que mucho menos en el caso de la infidelidad adúltera de ella, sobre todo cuando le quedaban a su cargo. Pero siempre queda latente el interrogante de si ella no tenía hijos y si había fallecido su marido.

Si el adulterio lo cometía el hombre podría ser o con mujer casada, viuda con hijos o soltera. La pena que aquí analizamos es sólo para el adúltero. El cronista habla solamente del que comete adulterio con mujer casada: *"El marido della riñe con él é le da de palos; pero no le mata". (14)* Más que reñir era castigarle, pues a todas luces se nota que el adúltero no tenía defensa alguna. Al marido se le daba licencia de hacer justicia por su mano y no se estipulaba, o al menos no nos ha llegado, si había una cantidad determinada de golpes, con los que la ofensa quedaría satisfecha. Lo cierto es que no le mataba.

Si la otra parte adúltera era soltera o viuda nada se nos dice sobre la pena que se imponía. Pero si en el caso de la mujer casada el marido de ésta apaleaba al adúltero y en estos otros casos no se llevara a efecto tal castigo, cosa que no sabemos, habría que concluir que la pena al adúltero habría que verla en cuanto que su delito afectaba al marido de la adúltera. Sería más problema de justicia matrimonial que de

moralidad sexual simplemente. En caso de adulterio con soltera o viuda ¿quiénes serían los afrentados, si es que en ese caso suponía afrenta? Lo desconocemos.

Sí da la impresión de que la mujer adúltera siempre queda en la casa de sus padres o familiares, salvo si ella se va a otra parte, mientras que el adúltero sufre además (al menos en algunos casos) el destierro. Tal afirmación se desprende de la pregunta del Padre Bobadilla: "*A dónde quedan los hijos de que destierran é de la muger que queda é se casó su marido por aver ella hecho adulterio?*". (15)

Como podemos observar, tanto en el caso de la bigamia como del adulterio la pena que se imponía en Nicaragua por tales delitos no era muy severa. Es de notar que Oviedo recalca que "*no lo matan por ello*" en el caso de ser bígamo, y lo mismo se desprende de la lectura de las crónicas en el caso del adulterio, puesto que ella "*no se puede casar*" (17) de nuevo, pero sigue viviendo en la casa de sus padres.

En otros lugares nahuas, como en la sociedad de los mexicanos, la ley era mucho más rigurosa, pues se daba lapidación pública a ambos adúlteros: "*No bastaba probanza para el adulterio, si no los tomaban juntos, y la pena era, hallándolos, apedrearlos a entrambos públicamente*". (18)

Esta dureza de la ley contrasta claramente con la de los nicaragüenses, quienes propiamente no tenían pena de muerte, (solamente se habla de pena de muerte, al enterrarlos vivos, en un caso, que más adelante mencionaremos). Y aunque Gomara dice que las leyes de los de Nicaragua se parecen mucho a las de los mexicanos, (19) si comparamos lo que nos dice Oviedo con las leyes que conocemos de los mexicanos nos llevan a pensar lo contrario: en Nicaragua propiamente no había pena de muerte, mientras que en México la imponían con una facilidad asombrosa.

c) La Virginidad y El Matrimonio

La virginidad no era condición indispensable

para el matrimonio. Y conocemos, incluso, algunas costumbres que hoy nos llaman la atención, en que la mujer, ya en edad de casarse, buscaba la dote entregando su cuerpo, y esto era bien visto tanto por sus padres como por los hombres a los que se entregaba antes de escoger definitivamente al marido, entre todos sus pretendientes. (20) Sabemos también por Oviedo que: "*Muchos hay que quieren más las corrompidas que no las vírgenes*". (21)

Sin embargo, si la virginidad o la no virginidad no influía en el matrimonio de una manera muy determinante, sí era causa de separación el ocultar al novio la falta de virginidad y que él lo descubriera en la noche de bodas:

"Es preguntado el padre ó madre de la novia, o aquel que la da, si viene virgen: é si dicen que si y el marido no la halla tal, se la torna, y el marido queda libre, y ella por mala muger conocida: pero si no es virgen y ellos son contentos, passa el matrimonio, quando antes de consumir la cópula avisaron que no era virgen". (22)

Tal vez más que causa de separación hubiera que hablar de condición indispensable para ser casados. O dicho de otra manera ¿no estaría el matrimonio realizado no solamente en la ceremonia religiosa, sino también en el acto sexual? ¿El matrimonio se le reconocería como tal cuando aún no había sido consumado sexualmente? Sea como sea, lo importante es que esto suponía un delito, que llevaba consigo una pena: la mujer quedaba por mala mujer, y el novio "*se la tornaba*" a sus padres, quedando él libre. Lo que no se nos dice es si ella podía en adelante volverse a casar o si se le imponía otra pena, aparte de la vergüenza pública que tenía que pasar al ser considerada como "*una muger mala*".

2. El Incesto

El padre Bobadilla pregunta al indio qué pena se da al incestuoso. La contestación es muy simple: "*Nunca tal cosa se hace*". (23)

Sin embargo, el hecho que en la práctica

no hubiera incesto en esa región no nos da una garantía absoluta que no hubiera una ley que castigase ese delito, en el supuesto de que se pudiese dar. Por otra parte, también pudiéramos pensar que las leyes se iban dando en la medida en que se iban originando acciones que los indios pudieran considerar como delitos. De hecho, siguiendo el texto, no hay otros delitos y buscando en el resto de los cronistas tampoco encontramos en Nicaragua una legislación referente a este asunto.

En otros pueblos, como el azteca, sabemos que había una legislación explícita: *"El que se echaba con su hermana, moría ahogado con garrote, y era muy detestable entre ellos"*. (24)

3. La Fornicación

No hemos encontrado datos de cuando los dos voluntariamente tienen relaciones sexuales, y tampoco si esto abundaba o no. Se nos habla, sí, de que existía la prostitución y no era sancionada. Pero entendemos que había una diferencia entre la prostitución y la unión de los jóvenes que tenían relaciones antes de casarse.

Hay algo que nos llama la atención en el caso de las relaciones entre el sirviente y la hija del amo. Se nota en lo que nos dice el indio, sobre el castigo, que tenía más importancia la condición social y el hecho que para los amos y señores no podían juntarse socialmente con gente baja que las propias relaciones sexuales. Pensamos que no era la culpa que se imponía motivada por el acto fornicario, sino por un delito que se consideraba más social. Las clases sociales estaban marcadas y la diferencia entre ellas es parte.

"el que duerme con la hija de su amo o señor, todos los que están en la casa donde esto acaesce, parientes dellos, toman los dos delinquentes fornicarios y entiérranlos vivos, sin ningún llanto, ni dolor ni fiesta, diciendo: "Mueran, que son bellacos". (25)

Esta es la mayor pena encontrada en

Nicaragua y es el único caso en que aparece claramente y sin excepción la pena de muerte. Era tal el delito, que eran olvidados de sus padres y de la comunidad. Morían no solamente físicamente, sino también en el recuerdo de los suyos quienes no querían tener mención ni memoria de quienes habían cometido un acto tan bochornoso.

4. La Violación

Todo acto de violación implica fuerza y violencia. Sin embargo, la mujer forzada tenía que dar voces y así demostraría la culpabilidad del forzador.

"F. Al que fuerza alguna muger en el campo, ¿qué pena le dan?

Y. Si ella da voces, acude gente é toman al forçador é á tanto é llevanto á casa del padre della; é tiénenlo atado cinco ó seys días hasta que se rescata ó contenta á sus padres della ó á ella, si no tiene padres: é si no se rescata queda el forçador por esclavo de los padres della, si los ha, é si no, queda por esclavo de la muger forçada". (26)

La pena es con relación a una joven que vive en casa de sus padres. ¿Qué pena se le daría al que violase a una mujer casada? ¿Qué pena se le impondría al que violase y se le pudiera comprobar, aun cuando no hubiera sido cogido in fraganti? Quedan como simples interrogantes.

5. La Homosexualidad

La relación sexual entre personas del mismo sexo ha sido mal vista generalmente en casi todas las culturas a lo largo de la historia. También en la época precolombina nicaragüense nos encontramos con acciones de este género que suponían delitos y que, por consiguiente, eran castigados severamente. La pena era la lapidación, llegando en algunas ocasiones a provocar la muerte como consecuencia de las heridas recibidas, aunque no era lo más normal, por lo que se desprende del texto.

"F. Qué pena le dan al ques puto, é que vosotros llamays cuyl"

si es paciente?

- Y. Los muchachos lo apredrean é le hacen mal, é le llaman bellaco, é algunas veces mueren del mal que les hacen". (27)

Según el texto anterior sólo se nos informa de uno de los dos homosexuales. La pregunta del fraile era bien explícita: "*si es el paciente*". Como se ve, a éste se le apedrea, llegando incluso en ocasiones a morir como consecuencia de la lapidación. Pero, ¿qué pasa con el homosexual que no es paciente? Ya no encontramos datos. Sin embargo la pregunta en sí nos lleva a interrogarnos si los dos homosexuales tenían la misma culpabilidad o no. Apparently hay una diversidad en cuanto al delito y es posible que en cuanto a la pena. Esto da pie para pensar que en su concepción de la hombría el homosexual "paciente" sufría una especie de degradación, rebajándose a una condición inferior a la suya -hasta hacer las veces de mujer- (lo que sin duda suponía un grave delito), mientras que al homosexual activo, conservando más rasgos varoniles -del macho, aunque desviado- no se le consideraba tan denigrante su acción y su función, ni tan femenina como al "paciente". No sabemos, pues, la pena exacta para el homosexual activo.

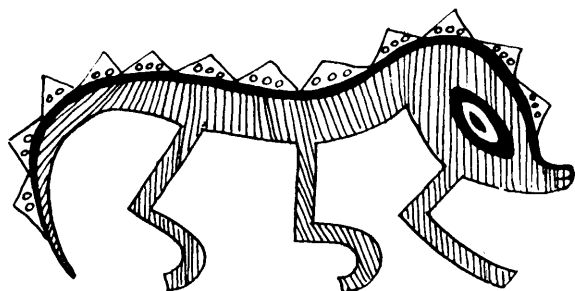
En cuanto a la homosexualidad femenina o lesbianismo nada se nos narra en las crónicas de ningún cronista de Nicaragua. ¿Supondría un delito semejante al del "cuyon paciente" la actitud asumida en la homosexual activa, que asume funciones varoniles? ¿Supondría también una degradación al no desarrollar las funciones sexuales propias de su naturaleza o lo enmarcarían dentro de una actitud no tan denigrante ni rebajada al tener funciones varoniles -cuando el varón era reconocido en esa sociedad como superior-? Nada sabemos con precisión. Sólo recordamos también que en la cultura nahua del norte, entre los mexicanos, la homosexualidad femenina era castigada de la misma manera tanto para una como para la otra, llegando hasta la muerte: "*pena de muerte a dos mujeres*

que yacen carnalmente", (28) "*si una mujer se echaba con la otra, las mataban ahogándolas con garrotes*". (29)

Estos son los puntos principales que tratan con relación a la sexualidad, como vemos muy imprecisos, y que los cronistas no nos dan mucho fundamento para hacer afirmaciones categóricas. Son muchos los interrogantes que nos hacemos.

Nada se nos dice de la relación entre personas de clase alta -caciques, sacerdotes, guerreros...- con la clase baja. Salvo el caso acostumbrado de romper la virginidad el papa o sacerdote (30) en algunas ocasiones en la noche de bodas de la novia, no encontramos una relación nueva y distinta. Si la hubiera habido, ¿hubiera supuesto alguna clase de delito? Y si lo hubieran considerado delito, sería por razones sexuales o por prejuicios clasistas?. De hecho, ya hemos encontrado un caso en que hemos interpretado ese delito más como por razones sociales que por sexuales (cuando el sirviente se echaba con la hija de su amo), lo que sin duda nos da motivos para pensar que no había relaciones sexuales entre los nobles y las mujeres de baja condición. Tal vez la afirmación del indio de que "*el cacique no comunica con personas baxas*" (31) haya que hacerla más extensiva y ver no solamente al cacique, sino a todo aquel que vivía en una esfera de clase distinta que la gente "baxa". La sexualidad vista así socialmente es, pues, probable que fuera un delito al que se le castigaba. Surge, por otra parte otro interrogante, ¿con qué mujeres vivía el cacique y el resto de la clase alta, aparte de su legítima mujer? ¿Todas las mujeres con las que se "podían echar" serían de su propia clase? Porque si no lo fueran ¿cómo justificar lo dicho anteriormente sobre la importancia de la condición social?. Son pues interrogantes que quedan en el aire y que sólo se podrían dar solución con un análisis más profundo y con otras nuevas fuentes, si es que se encontrarán, que puedan dar fundamento más científico a los problemas que vamos planteando. Pero de momento esto no está

a nuestro alcance.



II. El Robo

Los indios precolombinos nicaragüenses, aparte de tener la tierra en propiedad colectiva, tenían ya una propiedad privada sobre ciertos objetos. Había, pues, en estas sociedades quienes tenían cosas y quienes carecían de ellas. Las cosas necesarias y también las superfluas existían en una desigualdad claramente manifiesta. No eran la vida, ni las pertenencias, ni los objetos de los personajes de la clase alta parejos a los de la clase baja. Había abundancia y escasez, conviviendo juntas, aunque en familias distintas. Había quien vivía en la abundancia y no faltaban quienes se morían de hambre, hasta el punto de tener que vender a los propios hijos o a sí mismos. (32) La abundancia y la miseria eran distintivos de clases distintas: una clase social pudiente y otra baja, pobre.

Partiendo de este supuesto, el hombre carente de medios económicos, el que no tenía ni lo más necesario para vivir, no es de extrañar que cogiera o intentara coger algunas cosas imprescindibles para poder sobrevivir. Pero a ese hombre la sociedad le consideraba ladrón. También a quien no careciera de lo anterior pero se quisiera apropiarse de lo de otros. El venderse para subsistir, el pedir limosna no eran delitos en la sociedad precolombina nicaragüense, pero sí el "robar". Y si había delito había también pena que castigaba ese delito. ¿Cuál? Nos dice Gomara:

"Cortan los cabellos al ladrón, y queda esclavo del dueño del hurto hasta que pague. Se pueden vender y jugar más no rescatar sin voluntad del caci-

que o regidor; y si tarda mucho, muere sacrificado." (33)

En Oviedo, por su parte, leemos:

"F. Al que hurta, qué le hacen?

Y. Si le toma el dueño del hurto, átaló é llévalo a su casa, é tiénele atado hasta que le paga ó contenta de aquello que le hurtó; é si no tiene de qué pagar, tiéneselo por esclavo: é al que se ha rescatado, córtanle los cabellos en señal que ha seydo ladrón porque en tanto le crescen consiga el crédito que dél se debe tener para adelante; é despues que le han crescido, no se los cortan más". (34)

Los textos expuestos tanto de Gomara como de Oviedo hablan de una manera muy genérica, sin especificar nada. Desgraciadamente no nos hemos encontrado otros que nos especificaran la diversidad de objetos robados con los correspondientes castigos de cada uno. Otros cronistas, que nos describen las costumbres de otros pueblos también nahuas, como los mexicanos, nos hablan más concretamente:

"Si el hijo del principal salía taur y vende lo que su padre tiene o alguna suerte de tierra, moría por ello secretamente ahogado. Y si era macehual o pechero, era esclavo.

Si hurta alguna red de pescar, págala con mantas y, si no las tiene, es esclavo

Si uno hurta las mazorcas de maíz antes de granado moría por ello, y si menos, se pagaba alguna cosa por ello.

El que hurtaba el yetecomatl -que es una calabaza atada a unos cueros colorados por la cabeza con las borlas de pluma al cabo-, de que usan los señores y traían en ella polvos verdes, que son tabaco, moría el que la hurtaba a garrotazos.

El que en el tianguis hurtaba algo de los del tianguis lo mataban a pe-

dradas.

El que salteaba en el camino era apedreado públicamente." (35)

Aunque estos datos no los poseemos en nuestras crónicas, vamos a reflexionar sobre lo que poseemos.

El cronista de Nicaragua, Oviedo, dice que al que hurtaba y se le encontraba in fraganti, podía el dueño llevarlo atado a su casa y podía también permanecer atado hasta que pagara o contentara al que robó. Insiste también en que se le podía esclavizar cuando no tenía lo suficiente para pagar lo robado y, si se le rescataba, al conseguir la libertad, se le rapaba el pelo. Sin embargo creemos que el pelo se le rapaba no porque el esclavo fuera liberado, sino por razón del hurto, que fue quien motivó ese género de esclavitud. Por ello pensamos que en todos los casos de robo se penaba con el corte del cabello, como signo externo de su condición de hombre ladrón, independientemente de caer esclavo o no. Aunque el ladrón pudiera pagar, por el hecho de ser ladrón ya era considerado como tal ante la sociedad, por lo que llevaría el signo externo, que le delataba su condición de hombre "ladrón".

En cierto sentido se le marginaba de la sociedad, como antisocial y no confiable. Y la incorporación externa a esa sociedad, de la que se había salido por su delito y a la que entraría posteriormente, se iba logrando paulatinamente en la medida en que también externamente le creciera el cabello. Aun cuando no se dice nada, no sería extraño que el cacique o tal vez el monéxico o el sacerdote le aceptasen ceremonialmente de nuevo dentro del seno de la comunidad de la que se había separado por su robo. Esto último es simplemente una suposición, no una afirmación categórica.

En cuanto a los reincidentes no tenemos datos para hacer ninguna afirmación. Es lógico, claro está, que la pena sería más grande, pero no sabemos con precisión en qué consistiría. En cuanto a la mujer ladrón

también ignoramos si tenía la misma pena que el varón, rapándola también a ella la cabeza.

Hay una faceta que nos llama poderosamente la atención y es el problema de la esclavitud como consecuencia del hurto. Es cierto que en estos casos no hay que ver la esclavitud bajo la mentalidad de lo que conocemos de Grecia o de Roma, por ejemplo, donde la sociedad esclavista y el modo de producción esclavista estaba plenamente en vigor. En Nicaragua se estaba dando una esclavitud muy incipiente, que vendría a ser una especie de servidumbre en la que se mutilaba gran parte de la libertad, pero de la que se podía salir, bien fuera por rescate propio, por el trabajo o por rescate ajeno. Esto no existía en la sociedad grecorromana. El esclavo era esclavo y se le compraba o vendía para seguir siendo esclavo. En Nicaragua podía dejar de ser esclavo y esto sucedía con la mayoría.

Dado que en Nicaragua estaba surgiendo el esclavismo y que este esclavismo era un poco "sui generis" nos surge de nuevo un interrogante ¿Se estaría en los albores de la época esclavista como se la conoció en Europa? Si hubiera transcurrido el tiempo y los ricos se hubieran dado cuenta de la fuerza de trabajo gratis que suponía el esclavo, ¿se hubiera ido introduciendo el modo de producción esclavista? Tal vez haya respuestas para todos los gustos. Aquí sólo queda planteado el interrogante.

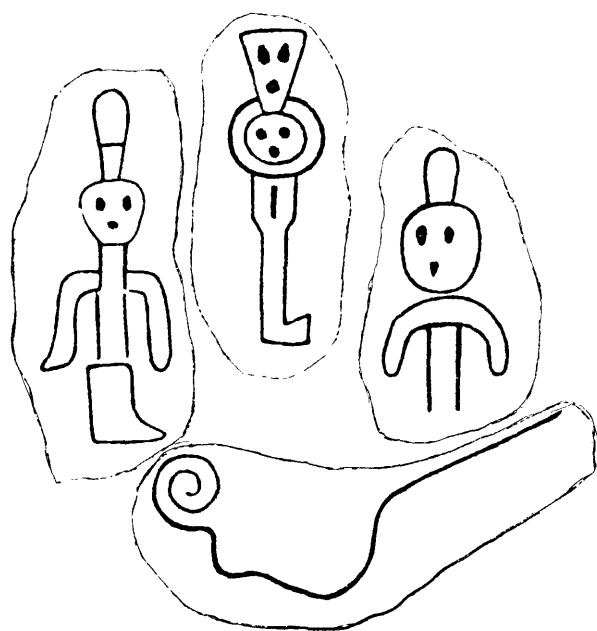
Con relación a los **Tiangues**, el mercado, sabemos también de la existencia de castigos pero de forma muy ambigua, que contrasta abiertamente con la precisión de las leyes de los mexicanos, antes mencionadas: "*El que en el tianguis hurtaba algo de los tianguis, lo mataban a pedradas*". (36)

Oviedo nos dice:

"E lo primero que hacen en aquellos sus ayuntamientos es que señalan dos fieles executores por otros quatro meses, los quales, ó á lo menos uno dellos, nunca se quita de la placa

é tiangüez ó mercado: é aquellos fieles son allí alcaldes é absolutos gobernadores dentro de las plaças, para no consentir fuerza ni mala medida, ni dar de menos é lo que han de dar ó trocar en sus ventas é baraterías los contrayentes: é castigan sin remisión alguna á los transgresores de sus ordenanças é costumbres...". (37)

El texto hace una relación clara a los castigos que imponían a los que robaban falsificando las medidas. No se nos dice en qué consiste la pena, pero es clara la aplicación "sin remisión alguna". Pero si alguien robaba, independientemente de la venta, si alguien cogía lo que vendían, si alguien hurtaba, la pena que se le imponía sería la que antes se dijo: la esclavitud y el corte de pelo.



III. El Homicidio

Aunque son pocas las noticias que tenemos referente a los homicidios en la época precolombina nicaragüense, sí tenemos alguna, aunque muy ambigua y genérica, que nos puede llevar a la conclusión de que en Nicaragua la vida no tenía el mismo valor para todos los grupos sociales y que, por consiguiente, la privación de la vida a una

persona no era medida tanto por el valor de la "vida humana" cuanto por el hecho de que esta vida fuera de un hombre de la clase alta o de la clase baja. Dicho con otras palabras: había una diferencia que configuraba esa sociedad y que, por consiguiente, establecía una regulación del derecho precolombino nicaragüense partiendo no tanto del hecho infringido cuanto de la clase social de la persona que lo infringía o de la que lo sufría. La muerte de un hombre, esclavo o libre, era un hecho real, pero no era menos real que en su valoración era diferente matar al esclavo que al libre, como también era distinto el hecho que la muerte la realizara un hombre libre que un esclavo.

Lo poco que conservamos referente al delito y castigo de los homicidas se resume en esta cita de Oviedo:

"Si alguno mata á otro, el muerto se queda por muerto, é al que lo mata, no le dan ni le hacen daño; pero si alguno mata á otro, que es libre, da á sus parientes é muger un esclavo o esclava ó ropa ó de lo que tiene, é no se le da otro castigo". (38)

Aparte de la ambigüedad del texto notamos la poca valoración que se daba al hombre muerto, fuera libre o esclavo. En la primera parte del texto da la impresión de referirse al esclavo muerto. Si a éste le mata un hombre libre entonces no hay delito ni culpa, por consiguiente, que se imponga al asesino. En el fondo se percibe el poco valor que se daba entre los indígenas al hombre esclavo. Otra pregunta que nos podemos hacer es qué sucedía cuando un esclavo mataba a otro esclavo. Es posible que el asesino no sufriera castigo o tal vez pasase a servir al dueño del esclavo muerto. Pero esto es simple conjetura.

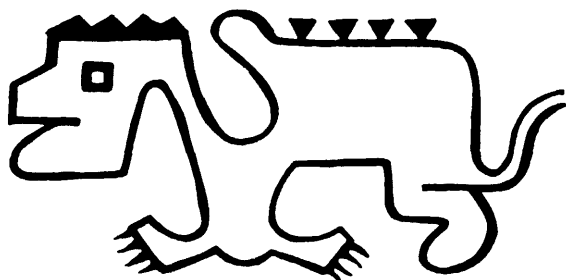
• Pero si alguno mataba a un hombre libre, sí pagaba algo. No era el ojo por ojo ni la vida por la vida. El pago se hacía en "objetos", que son, ante nuestros ojos, inferiores siempre a la vida de la persona. El hombre siempre vale más que cualquier objeto. También se les solía pagar con

un esclavo o esclava, cuando el asesino, hombre libre, los tenía. Este podía pagar o con objetos o con esclavos, que al fin y al cabo, en cierto sentido, eran también considerados como objetos. El asesino nunca pagaba con su vida.

¿Qué pasaba si al hombre libre lo mataba un esclavo? Dado que la pena de muerte no se acostumbraba, al esclavo se le penaría de otra manera. ¿Serviría tal vez a los familiares del difunto? Ahí quedan las preguntas pues no tenemos más datos que nos garanticen afirmaciones precisas.

Tenemos, pues, una legislación muy débil, que contrasta con la mencionada de los mexicanos donde la pena de muerte se aplicaba a los asesinos: *"Los que dan bebedizos porque otro muera, mueren por ello agarrotados, y si la muerta era esclava, era esclava la que los daba"*. (38)

Notamos una diferencia abismal entre ambas leyes. En el caso de Nicaragua si el hombre libre mataba a un esclavo, el muerto se quedaba por muerto y el libre asesino no recibía ni pena ni daño. En cambio en México el libre que mataba a un esclavo se convertía en esclavo.



IV. En las Guerras

La guerra para los nativos era como un rito sagrado, pues aparte de sus intereses económicos también tenían motivos religiosos. En ella el pueblo estaba en juego y a ella se dedicaban los ciudadanos cuantas veces se les requería. La voluntad de sus dioses -influidos por el pensamiento del Anahuac- era orden sagrada, y ésta se

plasmaba mejor que nada en la guerra santa, porque santa era para ellos toda guerra. La idea fija de que debían capturar enemigos para sacrificarlos a sus dioses, el convencimiento de que cumplían un designio divino en tales acciones e incluso la seguridad de que la muerte en la guerra les daba un lugar seguro con los teotes, (40) hacía que cada indígena tuviera una obsesión marcada por defender su territorio en la guerra contra otros pueblos y sobre todo sentía la necesidad de capturar prisioneros para satisfacer a los dioses. Sabemos que a ningún prisionero se le podía matar, porque todo prisionero estaba marcado para el sacrificio, a través del cual también los indígenas entraban en comunión con sus dioses:

"De los esclavos que traen (captivos de guerra) luego sacrifican algunos en aquel monton de tierra, ques dicho que está delante del templo". (41)

Algunas penas que se daban en las guerras eran debidas principalmente a que los soldados en algunas ocasiones eran:

a) Desobedientes. Cada quien tenía obligación de obedecer al capitán, suponiendo un delito capital la desobediencia. Este delito era castigado severamente. Generalmente no se daba la pena de muerte, pero si por alguna circunstancia el desobediente hubiera muerto a manos del capitán, éste no hubiera recibido ningún castigo. Pero, ¿no era demasiado castigo para un soldado el hecho de que le quitaran públicamente las armas, con las que cada ciudadano tenía la obligación de combatir para defender los intereses de su pueblo y cumplir con la voluntad sagrada de sus dioses?

"E al que en la guerra no hace lo quel capitan le manda, quítanle las armas é danle con ellas e digenle feas é injuriosas palabras y échanle del real, é no le pueden matar ni se acostumbra; pero si le matasse el capitán, no le harían mal por esso". (42)

Expulsión, castigo e injurias. Toda una vergüenza para el desobediente. No sabemos

qué tipo de desobediencia implica tal afirmación, aunque suponemos que tenía que ser grave puesto que grave era igualmente la pena. Ser mofa ante todo un pueblo, ser maltratado por sus propias armas suponía lo peor sobre todo cuando iba acompañado de despojarle de ellas, lo que sin duda implicaba una expulsión del ejército, por lo que en adelante el desobediente en la guerra quedaba fuera de lo más sagrado de los indígenas: defender su territorio y hacer la guerra sagrada en nombre de una voluntad también sagrada de los dioses.

b) Cobardes. Gran pecado era para un soldado la cobardía, cuyo ánimo guerrero le debía invadir. La valentía, el espíritu aguerrido, el estar siempre dispuesto a combatir debía ser algo connatural a su persona. El guerrero debía estar dispuesto a combatir por adverso que le fuera. La valentía era, pues, una ley natural para el indígena. De ahí que la cobardía, la huida, el volver la espalda, supusiera también un delito gravísimo al que se debía castigar sin misericordia. Y dado que esta sociedad no era muy estricta en sus leyes (pues apenas nos encontramos la pena máxima, la muerte), si suponía este delito, en cierto sentido, una muerte natural en vida, ya que no era fácil vivir soportando continuamente la vergüenza de todos los habitantes, que le señalarían como un cobarde a su pueblo y un traidor al destino sagrado de los teotes: *"El castigo del cobarde es quitarle las armas y echarle del ejército"*. (43)

El cobarde es el hombre flojo; el que no sirve para nada; el que ante el peligro retrocede por miedo; el que, ante su deber, sucumbe. La cobardía del cobarde estaba en constante enfrentamiento con la valentía del valiente, al que se le premiaba y al que se le distinguía en la sociedad "rapándole la cabeza":

"Y entrellos el que ha vencido alguna batalla personal de cuerpo a cuerpo á vista de los ejércitos llaman a éste tal tapaligui; y este para señal destas armas opimas, trae rapada la cabeza con una corona encima tres-

quilada, y el cabello de la corona tan alto como el trecho que hay desde la cintura alta del dedo index a la cabeza del mismo dedo, para denotar el caso por esta medida del cabello: estos son como cavalleros muy estimados é honrados entre los mejores de las destas tres lenguas, nicaraguas, chorotegas, o chondales". (44)

Otros casos en la guerra pudieran darse, pero de nuevo nos encontramos ante la escasez de fuentes que nos saquen de nuestras interrogantes. Si uno de los fines de la guerra era la captura de esclavos para el sacrificio, ¿qué delito se daría al soldado que dejara escapar un prisionero? Y si alguien mataba a un prisionero, ¿qué castigo le darían? Y si otro soldado, por hacerse pasar por valiente, trataba de arrebatarse al captor su cautivo, ¿no tendría también su correspondiente castigo?

Por supuesto, creemos, por todo lo que hemos visto anteriormente, que no habría pena de muerte para estos infractores en el sentido estricto, pero el destino de éstos sería el propio sacrificio, si nos atenemos al texto:

"Cada soldado se queda con lo que coge a los enemigos, salvo que han de sacrificar en público a los que prenden, y no darle por ningún rescate, bajo pena de que lo sacrifiquen a él". (45)

Pero esto hay que considerarlo más como algo que se arrebató a los dioses, a los que no se les puede defraudar, por lo que el infractor debe morir para alimentar con su sangre la vida de los dioses, y no tanto por morir bajo el castigo de la pena en el sentido más estricto.

En este caso el contexto coincide con la legislación y costumbres mejicanas, según lo podemos apreciar en el siguiente texto: *"Y si uno tomaba a (un prisionero) vivo y otro se lo tornaba a tomar, moría por ello"*. (46)



V. En lo Religioso

Aparte de lo anterior, que tenía más fuerza civil y militar, existían penas en el orden religioso, impuestas por los sacerdotes, cuando el indio se confesaba. Son problemas más de conciencia y relacionados con las faltas que ellos infringían y que afectaban a sus teotes. Aparece un esquema que es el siguiente:

1. El pecado (delito)
2. Remordimiento y arrepentimiento.
3. Confesión
4. La pena a cumplir.

En los pocos datos que conservamos, aparentemente no hay mucha relación de la culpa con la comunidad. La culpa es de orden sagrado. Ignoramos, al no mencionar nada el cronista, si había otras acciones más comunitarias y que al infringirlas pudiera suponer en el indio una conciencia de "pecado", en que relacionase la ofensa a la comunidad como ofensa a los dioses, o como algo puramente de "su conciencia". Es probable que no hubieran llegado a relacionar a los dioses con la comunidad, pero nada sabemos con certeza. Lo poco que conocemos dice lo siguiente:

- "F. Quando alguno de vosotros haze alguna cosa mal hecha, decíslo á los padres de vuestros templos, ó pedís perdon á vuestros teotes, arrepintiéndooos é pesándooos dello?
- Y. Decímoslo á los viejos más antiguos é no á los padres; é como lo avemos dicho, andamos descansados é con plazer de se lo aver dicho, como si no lo oviésemos hecho. E los viejos no: dicen: "Andá: yos é no lo hagays otra vez". E hacémoslo assi, por que lo tenemos por bueno, é porque no nos muramos é nos venga otro mal, é porque pensamos que quedamos libres de lo que hicimos.
- F. ¿Esso decísse lo público ó en secreto á los viejos, é á cuántos viejos se lo decís?
- Y. A uno solo y en secreto e no delante de nadie, y estando en pie y este viejo no lo puede descubrir a nadie, sino tenerlo secreto en su coraçon.
- F. ¿Qué pecados é males son essos que le decís a esse viejo?
- Y. Decímosle quando avemos quebrado aquellas fiestas que tenemos é no las avemos guardado, ó si decimos mal de nuestros dioses, quando no llueve, é si decimos que son buenos; é los viejos nos echan pena para el templo.
- F. ¿Qué pena os echan, ó cómo la cumplís?
- Y. Mándanos que llevemos leña, con que se alumbre el templo o que le barremos, é cumplimos essa penitencia sin falta alguna....
- F. ¿Después que aveys hecho essos errores, ¿qué tanto tardays en los yr á decir á esse viejo?
- Y. Luego desde á poco, esse día ó el siguiente; pero no se dicen hasta que el que yerra es de edad que llega á muger, é no antes, porque son muchachos". (47)

Como vemos en el texto, es algo dicho en secreto y que oculto permanece puesto

que el confesor "debe tenerlo secreto en su corazón". Es más, si el sacerdote llegara a revelar el secreto de confesión sobre él, caería una pena, que también ignoramos en qué consistía, pues lo que nos dice Gomara es demasiado escueto:

"Los sacerdotes se casan todos, excepto los que oyen pecados ajenos, los cuales dan penitencia según la culpa, y no revelan la confesión sin castigo". (48)

Estas son algunas facetas de los delitos y penas existentes entre los indígenas nicaragüenses, que adolecen de claridad, debido principalmente a la ambigüedad de las fuentes que conservamos, donde nunca

se habla específicamente de las leyes re-dactadas sino que han llegado a nosotros a través de diálogos y entrevistas del Padre Bobadilla con los caciques en la plaza de Teoca. Nada apenas específico, pero en algunas cosas a grandes rasgos podemos darnos cuenta de algunas facetas, aunque el panorama general se nos oculte bastante. Por otra parte la comparación con los textos de los mexicanos nos permite ver la suavidad de las leyes indígenas de los nicaragüenses frente a la dureza impresionante de los indígenas aztecas. Quedan un sinnúmero de preguntas, que no son fáciles de contestar, pero ahí quedan como interrogantes para posibles y ulteriores estudios más profundos.

NOTAS

1. GARIBAY, Angel María. **Teogonía e historia de los Mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI.** México: Ed. Porrúa. Pág. 73-76 y 88-90.
2. GOMARA, Fco. López de. "Historia General de las Indias". En **Los Cronistas en Nicaragua**, Managua: Banco de América, Colección Cultural, Serie de Crónicas nº 1, 1976. Pág. 123.
3. OVIEDO, G. Fernández. **Historia General y Natural de las Indias.** Managua: Banco de América, Colección Cultural, Serie de Crónicas nº 3, 1976. Pág. 311-355.
4. GOMARA: O.C. Pág. 122.
5. OVIEDO: O.C. Pág. 339
6. Ibídem: Pág. 339
7. Ibídem: Pág. 339
8. Ibídem: Pág. 339
9. Ibídem: Pág. 339
10. Ibídem: Pág. 339
11. Ibídem: Pág. 339
12. Ibídem: Pág. 339-340
13. Ibídem: Pág. 339
14. Ibídem: Pág. 340
15. Ibídem: Pág. 340
16. Ibídem: Pág. 339
17. Ibídem: Pág. 340
18. GARIBAY: O.C. Pág. 76.
19. GOMARA: O.C. Pág. 123
20. OVIEDO : O.C. Pág. 348-349
21. Ibídem : Pág. 338
22. Ibídem: Pág. 338
23. Ibídem: Pág. 340
24. GARIBAY: O.C. Pág. 75
25. OVIEDO: O.C. Pág. 341-342
26. Ibídem: Pág. 342
27. Ibídem: Pág. 341
28. GARIBAY: O.C. Pág. 90
29. Ibídem: Pág. 76
30. ANDAGOYA, Pascual. "Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de tierra firme". En **Los Cronistas en Nicaragua** Managua: Banco de América, Colección Cultural, Serie de Crónicas nº 1, 1976. p. 45.
31. OVIEDO: O.C. Pág. 341
32. Ibídem: Pág. 342
33. GOMARA: O.C. Pág. 122
34. OVIEDO: O.C. Pág. 341
35. GARIBAY: O.C. Pág. 74-75
36. Ibídem: Pág. 75
37. OVIEDO: O.C. Cap. XII, pág. 451. También en la pág. 348
38. OVIEDO: Pág. 341
39. GARIBAY: O.C. Pág. 75
40. OVIEDO: O.C. Pág. 321
41. Ibídem: Pág. 347
42. Ibídem: Pág. 347
43. GOMARA: O.C. Pág. 122
44. OVIEDO: O.C. Pág. 308
45. Ibídem: Pág. 308
46. GARIBAY: O.C. Pág. 73-74
47. OVIEDO: O.C. Pág. 351-352
48. GOMARA: O.C. Pág. 123